



La vivencia del desclasamiento. El caso de la cohorte de treintañeros con título superior en España

Victoria Bogino-Larrambeberé ¹

Recibido: 17-11-2017 / Aceptado: 05-06-2018

Resumen. El objetivo de este artículo es analizar la vivencia del desclasamiento social de los titulados, en el seno de la cohorte de treintañeros y en el contexto actual de crisis económica. El análisis se basa en entrevistas en profundidad a tres tipos de perfiles sociales, que se distinguen prioritariamente por el nivel de educación y la ocupación de sus padres. El estudio revela que la vivencia del desclasamiento no es unívoca, sino que básicamente se traduce en la movilización de un sentimiento de doble desclasamiento (título y clase social de la familia de origen); de pertenencia a una “generación sacrificada” y de desilusión de la meritocracia.

Palabras clave: vivencia del desclasamiento; titulados superiores; cohorte de treintañeros; clases sociales; crisis económica.

[en] The experience of downclassing. The case of thirty-years-old cohort in Spain

Abstract. The objective of this article is to analyze the experience of social downclassing among undergraduate and postgraduate people, within the cohort of thirty-years-old and in the current context of economic crisis. The analysis is based on in-depth interviews with three types of social profiles, which are distinguished primarily by the level of education and the occupation of their parents. The study reveals that the experience of downclassing is not univocal, but results in the mobilization of a feeling of double downclassing (graduate title and social class of the family of origin), the feeling of belonging to a “sacrificed generation” and the feeling of disillusionment with meritocracy.

Keywords: the experience of downclassing; advanced degree; thirty years old cohort; social classes; economic crisis.

Cómo citar: Bogino-Larrambeberé, V. (2018): “La vivencia del desclasamiento. El caso de la cohorte de treintañeros con título superior en España”, *Política y Sociedad*, 55(2), pp. 491-512.

Sumario. 1. Introducción. 2. Enfoque teórico. 3. Metodología. 4. Resultados. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía. 7. Anexo.

¹ Universidad Autónoma de Barcelona y Universidad de La Rioja (España).
E-mail: maria-victoria.bogino@unirioja.es

1. Introducción

En la literatura sociológica, el desclasamiento se concibe como el producto de una *desviación* con respecto a la pendiente de una trayectoria colectiva (Bourdieu, 1998) y se pueden distinguir tres grandes formas de observar el fenómeno: (1) *el desclasamiento social intergeneracional* (cuando los hijos/as se encuentran en una posición social inferior a la de sus padres) (Thijssen y Wolbers, 2016; Li y Davine, 2011; Peugny, 2009; Chauvel, 1998), (2) *el desclasamiento social intrageneracional* (cuando se produce una ruptura en la trayectoria profesional de los individuos y una pérdida de su posición social) (Alm, 2011; Wilson, 2009; Maurin, 2009; Newman, 1988) y (3) *el desclasamiento escolar* (cuando se aprecia una disminución del rendimiento social de los títulos en comparación con generaciones anteriores y sobreeducación) (Chauvel, 2006; Duru-Bellat, 2006; Giret, Nauze-Fichet y Tomasini, 2006; Baudelot y Estable, 2000).

En esta investigación, no obstante, se propone abordar la cuestión del desclasamiento desde otra perspectiva, que hace hincapié en la inconsistencia de estatus social-educativo y denominamos *desclasamiento social educativo*. Esta perspectiva se puede conjugar y se diferencia de las anteriores. Su objeto de estudio son los individuos (30-39 años) que se sitúan en una posición alta de la estructura educativa (título superior, ISCED-97 nivel 5 y 6) y en una posición relativamente más baja de la estructura ocupacional y salarial, a saber: empleados, obreros (ISCO-08 de la categoría 4 a la 9) y desempleados, con un salario igual o inferior a la mediana de la distribución salarial del conjunto de los individuos treintañeros con título superior².

La cuestión del desclasamiento social educativo resulta pertinente en tanto que era poco frecuente para los titulados superiores de décadas anteriores –sobre todo para las cohortes de nacimiento antes de 1965 (Felgueroso *et al.*, 2010)–, y se convierte en una amenaza cada vez mayor (Chauvel, 2016; Peugny, 2009). A su vez, detrás de la presunta uniformidad entre los individuos de una misma cohorte de edad, se agrupan sujetos y situaciones socialmente diversas (Martín-Criado, 1998), por lo que las afirmaciones sobre grupos de edad “deben ser sometidas a un análisis concreto de cómo la edad interactúa con otras características sociales” (Martínez-García, 2013: 81).

Los estudios sociológicos en España abordan indirectamente el tema del desclasamiento social. Las investigaciones más próximas a nuestro objeto de estudio han llevado a cabo, principalmente, un tratamiento cuantitativo sobre el fenómeno de los mileuristas (Martínez García, 2013a) o la sobreeducación de los titulados universitarios (Marqués y Gil-Hernández, 2015), con datos relativos a un periodo previo de la crisis económica, y son escasas aquellas que toman en consideración la dimensión del origen social para analizar sus experiencias (Gentile, 2009).

Este trabajo pretende contribuir al escaso número de investigaciones sobre la vivencia del desclasamiento social de los titulados superiores. Su objetivo es analizar el modo en que viven el desclasamiento social educativo diferentes

² A partir de los datos de la ECV de 2011, se ha calculado la mediana de la distribución salarial del conjunto de titulados superiores de 30-39 años, y se ha constatado que esta se sitúa en 1.200 € netos por mes.

perfiles sociales, en el seno de la cohorte de treintañeros y en el contexto de crisis económica.

El artículo se ha organizado en cuatro apartados. En primer lugar, se realiza una breve referencia al enfoque teórico sobre la vivencia del desclasamiento. En segundo lugar, se expone la metodología utilizada en la investigación. En tercer lugar, se muestran los resultados sobre la vivencia del desclasamiento de los titulados de tres tipos de perfiles sociales. Finalmente, se indican las principales conclusiones en relación con el objetivo propuesto.

2. Enfoque teórico

La cuestión de la vivencia del desclasamiento de los titulados ha sido objeto de estudio de la sociología de la educación y de la estratificación social. A finales de los años setenta, Pierre Bourdieu (1998) fue el primero en hablar de una “generación engañada”, marcada por el desajuste entre las aspiraciones que el sistema de enseñanza producía y las posibilidades que el mercado de trabajo ofrecía realmente a los jóvenes, que afectaba a diferentes niveles según el título académico y el origen social de sus miembros. Una generación que, al descubrir este desfase estructural entre aspiraciones y posibilidades, no podía más que caer en el desencantamiento y en la desafección hacia el trabajo, así como en una suerte de humor anti-institucional.

En un sentido similar, en los Estados Unidos, el sociólogo Val Burris (1983) mostraba que los titulados desclasados estaban menos satisfechos de su trabajo y más disponibles a la contestación política. No obstante, estos dos efectos se tradujeron más en una amargura personal que en una movilización colectiva. En todo caso, la ideología meritocrática impuesta en las sociedades democráticas (cada individuo tiene la plaza que amerita dentro de la división del trabajo, más allá de los factores heredados) comenzaba a aparecer imperfecta frente al inicio de la “inflación escolar” (Duru-Bellat, 2006).

Años más tarde, la antropóloga americana Katherine Newman (1988, 1993) consagra estudios etnográficos a la experiencia del desclasamiento social (*downward*) a lo largo de la carrera profesional, esto es, cuando los titulados asalariados pierden su empleo y no consiguen más que alcanzar una categoría socioprofesional inferior a la que tenían. En su obra titulada *Falling from grace* (1988), la autora describe de manera minuciosa los efectos progresivos de tal desclasamiento. En pocas palabras, señala que el desclasamiento social repercute en diversos niveles de la esfera de existencia. A nivel individual, el desclasamiento se traduce en una pérdida de confianza, por una pérdida de control y un sentimiento de desorientación social. El sentimiento de perder su “plaza” en el paisaje social implica un replanteamiento identitario: en tanto que el desclasado no sabe dónde situarse en el espacio social, siente que no tiene una identidad coherente.

Asimismo, Newman (1988) resalta que si bien el hecho de caer en la escala de estatus social tiene un efecto socioeconómico y de estilo de vida, el factor que explica su repercusión dramática es cultural. Esencialmente entre las “víctimas del individualismo meritocrático”, el desclasamiento está marcado por tres creencias: que la ocupación es la medida del valor moral de una persona, que las recompensas

fluyen hacia aquellos que son realmente merecedores y que las personas son las dueñas de sus propios destinos.

Desde el año 2000, la hipótesis de una degradación de la posición de las jóvenes generaciones de las clases medias asalariadas entre el conjunto de los grupos sociales es defendida por Louis Chauvel (2006) en su libro titulado *Les classes moyennes à la dérive*. En esta investigación, la desestabilización de estas categorías –anteriormente consideradas al margen de las dificultades encontradas por las clases populares– es ilustrada a través de múltiples índices, tales como: el estancamiento de los ingresos intermedios, la debilitación del asalariado, la devaluación de los títulos superiores y los procesos de movilidad social descendente. Como resultado de esto, el autor afirma que la sociedad produce problemas de “disocialización” (*dyssocialisation*) en las jóvenes generaciones, en tanto que han sido educadas en el confort y hoy en día son “poco capaces de satisfacer sus propias necesidades de manera autónoma a través del mercado” (Chauvel, 2006: 81).

Un análisis más reciente sobre la experiencia del desclasamiento social, esta vez enfocado en los individuos provenientes de familias acomodadas, se presenta en la obra *Le déclassement*, de Camille Peugny (2009). Antes de abordar la cuestión de cómo se vive el desclasamiento, su argumentación pone de relieve al desclasamiento como fenómeno social. Basándose en un análisis estadístico, el autor revela que una parte importante de los treintañeros y de los cuadragenarios hijos/as de directivos o profesionales superiores (*cadres*) experimentan cada vez más una movilidad social descendente, específicamente al estar trabajando como empleados u obreros; mientras que las perspectivas de promoción social hacia lo alto de la estructura social tienden a disminuir para el grupo social de los hijos/as de empleados y obreros. Todos los individuos de su muestra están afectados por el desclasamiento social intergeneracional, es decir, tienen un estatus social (medido por la categoría socioprofesional) inferior al de sus padres. Y si bien aquí se constata que el título es el principal respaldo ante este tipo de desclasamiento social, su protección no está exenta de defectos. El autor indica que el caso de desclasados con un nivel de educación alto (primer y segundo ciclo universitario) no resulta marginal.

Peugny además distingue dos tipos de experiencias del desclasamiento social. En el primer tipo de experiencia emerge una identidad generacional basada en un fuerte sentimiento de pertenencia a una *generación sacrificada*. Este perfil corresponde a los hijos/as de directivos o profesionales superiores (*cadres*) “populares ascendentes” (quienes, con escaso nivel educativo, han logrado conseguir promoción laboral hasta situarse en lo alto de la estructura ocupacional). Un sentimiento de injusticia es expresado por estos desclasados, dado que después de una larga escolarización, el título superior no les permite mantener la posición socioprofesional alcanzada por sus padres. Por consiguiente, estos desclasados perciben su situación socioprofesional como injusta y viven su trayectoria intergeneracional como paradójica.

El segundo tipo de experiencia del desclasamiento, en cambio, representa a los individuos que han frecuentado la enseñanza superior y se describen como alumnos “mediocres”, cuyo título académico final ha sancionado una escolaridad deficiente. Este perfil corresponde a los hijos/as de directivos o profesionales superiores

(*cadres*) herederos y altamente cualificados. En este caso el desclasamiento es vivido como un doloroso sentimiento de fracaso personal, en lugar de un destino de generación. Si bien la comparación con la posición socioprofesional de los padres es importante para estos individuos, el destino de los hermanos/as constituye un elemento central para su auto-posicionamiento. El rol de sus hermanos/as es el punto de referencia más inmediato de los desclasados, puesto que estos han tenido las mismas posibilidades de vida que sus consanguíneos, en términos de generación, origen, capitales económicos y culturales. En efecto, este grupo de desclasados tiende a interpretar sus trayectorias divergentes como resultado de diferencias individuales y de capacidades individuales desiguales.

En suma, si el primer tipo de experiencia del desclasamiento social manifiesta una actitud crítica y una tentación a la rebelión, el segundo tipo de experiencia exhibe una actitud de repliegue en ellos mismos y una tentación al aislamiento. En relación con esta afirmación, otras investigaciones previas enfocadas en los individuos provenientes de familias de clases populares habían destacado que los titulados desclasados tienen el sentimiento de haber caído en una trampa y adquieren más bien una actitud de resignación (Beaud, 2003).

En todo caso, la situación de desclasamiento evidentemente no forma parte de las expectativas de los titulados superiores y es susceptible de causar un sentimiento de frustración relativa. La noción de “frustración relativa” (Gurr, 1970) designa un estado de tensión entre una satisfacción esperada y no cumplida, que provoca un potencial descontento. La *frustración* puede definirse como un saldo negativo entre lo que los individuos consideran como legítimo de ameritar (en términos de nivel salarial, estatus profesional, reconocimiento, etc.) y lo que realmente reciben. Y es *relativa* porque depende de una lógica de la comparación, inherente a la historia personal y a las aspiraciones socialmente constituidas en un marco sociohistórico dado.

3. Metodología

Para la realización de la investigación, se ha optado por la técnica de entrevista en profundidad y de tipo semiestructurado, en tanto que esta resulta propicia para tratar de captar “el habla desde el lugar social” (Alonso, 2003: 73). La entrevista en profundidad nos ha permitido indagar sobre los significados que los titulados atribuyen a su situación de desclasamiento. El guión de las entrevistas ha tenido el propósito de aprehender el relato de los itinerarios (educativos, laborales, familiares) y las interpretaciones de los individuos sobre su condición social (Bertaux, 2005)³.

El trabajo de campo se ha llevado a cabo en Barcelona, entre el año 2012 y 2014. La captación de los entrevistados se ha realizado a través de la estrategia “bola de nieve” y en total se han realizado 26 entrevistas. Los criterios de selección de los entrevistados tienen una justificación teórica y empírica. El primer criterio se refiere a la condición de treintañero en situación de desclasamiento social educativo: individuos entre 30-39 años, con título superior y que tienen una

³ El guión de las entrevistas incluía los siguientes bloques temáticos: (1) Familia de origen, trayectoria educativa y profesional; (2) Vivencia subjetiva del desclasamiento; (3) Percepción del sistema de estratificación social, y (4) Perspectivas de futuro.

ocupación de empleado u obrero con un salario neto igual o inferior a 1.200 € por mes, o en situación de desempleo. El segundo criterio reside en el origen familiar de clase de los entrevistados. Este criterio se desprende de un análisis cuantitativo previo (de correspondencias múltiples y de clasificación jerárquica, con los datos de la Encuesta de Condiciones de Vida de 2011), en el que se pone en evidencia que el nivel de educación de los padres es el elemento que más diferencia la composición de cada uno de los perfiles sociales afectados por el desclasamiento, y se presenta en tres niveles: padres con un nivel educativo elevado (educación superior), padres con un nivel educativo medio (educación secundaria de 2ª etapa) y padres con un nivel educativo bajo (educación secundaria de 1ª etapa o inferior). Este además se relaciona con la ocupación de los progenitores (segundo elemento más diferenciador).⁴ Así, para seleccionar a los entrevistados, se ha priorizado el origen familiar de clase en detrimento de las otras características sociales que presentan cada uno de los perfiles sociales. Por último, como tercer criterio, se ha tratado de buscar cierta diversificación en la muestra, en función del sexo, la edad y el área de estudios (tabla 1)⁵.

Tabla 1. Distribución de las entrevistas por origen familiar de clase y sexo

Origen familiar de clase				
Sexo	Padres con título superior y profesionales	Padres con nivel educativo medio y directivos de una pequeña empresa o empleados de banca	Padres con nivel educativo bajo y obreros	Total
Mujeres	<i>Martina</i> , 37 años, Bioquímica <i>Clara</i> , 35 años, Sociología <i>Laia</i> , 34 años Filosofía <i>Sara</i> , 31 años, Historia <i>Emilia</i> , 30 años Biotecnología	<i>Emma</i> , 32 años, Biología <i>Ana</i> , 32 años, Ingeniería técnica en Química <i>Lucía</i> , 30 años, Pedagogía	<i>Julia</i> , 39 años, Periodismo <i>Alba</i> , 38 años, FP/Trabajo Social <i>Magda</i> , 35 años, Sociología <i>Elisa</i> , 35 años, Dipl. Empresariales <i>Rocío</i> , 33 años, Psicología <i>Inés</i> , 30 años, Filología Inglesa	14
Hombres	<i>Joel</i> , 35 años, Periodismo <i>Lluc</i> , 33 años, Humanidades <i>Pau</i> , 32 años, Química <i>Marc</i> , 32 años, Ciencias Ambientales <i>Vicent</i> , 30 años Sociología	<i>Danilo</i> , 36 años, Sociología <i>Toni</i> , 35 años, Psicología <i>Joan</i> , 33 años, Arquitectura técnica	<i>Agustín</i> , 36 años, FP/Pedagogía <i>Daniel</i> , 35 años, FP/Dipl. Empresariales <i>Albert</i> , 32 años, Periodismo <i>Bernat</i> , 30 años, Historia	12

Fuente: elaboración propia.

Las entrevistas han sido tratadas mediante el análisis de contenido categorial temático, y han sido analizadas con el programa Maxqda. El análisis de datos ha consistido en la organización conceptual de la información producida durante la realización del trabajo de campo, sobre la base de categorías significativas, priorizando el contenido de estas categorías y su interpretación, en detrimento de

⁴ Para encontrar los resultados de este análisis más en detalle, véase Bogino-Larrambeberé (2016).

⁵ En el anexo final se encuentra una tabla con las características de las personas entrevistadas.

las frecuencias de los códigos. Aquí se ha intentado resaltar el tipo ideal (Schnapper, 1999) de la interpretación de situación de desclasamiento para cada uno de los perfiles sociales identificados en el análisis cuantitativo. Esto no significa detectar su forma mayoritaria desde un punto de vista estadístico o normativo, sino los rasgos principales que hacen más inteligible el sentido de las experiencias.

4. Resultados

A partir de un trabajo de comparación entre las similitudes y las diferencias de los relatos de cada perfil social y el de los diferentes perfiles sociales, se han ido descubriendo ciertos rasgos específicos y desprendiendo tres modos de interpretación de la situación de desclasamiento. Estos se desarrollan, de manera sucesiva, en los siguientes epígrafes.

Perfil 1. Titulados que provienen de una familia de clase media-alta: un sentimiento de doble desclasamiento

Los entrevistados de este tipo de perfil social son los titulados que provienen de una familia de clase media-alta con elevado capital cultural, en la que el padre y/o la madre poseen un nivel de educación superior y son profesionales. Su vivencia se caracteriza particularmente por el sentimiento de un doble desclasamiento social: en relación con su logro educativo y en relación con la posición social de su familia de origen.

Para explicar su situación de desclasamiento social educativo, estos titulados suelen hacer alusión a un “efecto societal y de campo profesional”. Las expresiones “en este país compensa poco estudiar”, “en este país ya he renunciado a tener un buen salario”, “en este país tampoco te dejan evolucionar”, suelen ser bastante frecuentes en sus discursos. Y más concretamente, entre otros, Lluç declara: “Creo que una persona con mi formación y mi trayectoria, debería tener un salario más alto [...] debería vivir un poco más holgado, ¿no? Pero bueno, lo atribuyo más al país donde vivimos que a un caso mío en particular”.

Asimismo, estos afirman que en España la crisis económica ha afectado más a ciertos campos profesionales que a otros (particularmente aquellos que dependen en gran medida de financiación pública), pero que en general es el mercado de trabajo español el que no está a la “altura de sus titulados”: el sistema productivo no es plenamente receptivo para una mano de obra muy cualificada, porque la inversión en innovación y en sectores avanzados es netamente inferior a la que se registra en otros países de Europa.

“Para los de mi edad, se acentúa un poco la depresión esta de gente preparada..., gente no solo con estudios superiores, sino con bastante experiencia y conocimientos..., de estar en un sitio en el que ni el sector privado ni el sector público invierte en I+D+i..., que es difícil hacer las cosas que te gustan... [...] Vaya, que no es el país para los titulados superiores. Por eso, creo que la crisis ha acentuado la frustración” (Lluç, 33 años, máster, camarero).

En consecuencia, estos titulados consideran que están viviendo una situación injusta y esto le genera un gran sentimiento de rabia.

“Yo pensaba: con todo lo que he currado, con mi currículum, con mis estudios, no tendré problemas. Era más positiva, rollo: ‘ey, ¡algo encontraré!...’, aunque no sea de mi especialización. Pero bueno, de momento, tal y como van las cosas, estoy más pesimista. Y últimamente yo vivo esto con mucha rabia. Porque hablo con muchos colegas de la universidad o de otros campos y me digo: ‘Tío, te lo has currado la mitad’... lo pienso, no se lo digo... y es que no es justo. Últimamente no me lo tomo muy bien, porque esto no es normal. Es como que se premia la mediocridad. No sé. Es como muy raro” (Martina, 37 años, doctorado, en desempleo).

El sentimiento de desclasamiento también parece estar influenciado por el grado de logro social de los otros miembros de la familia de origen (hermanos/as y padres). Martina, por ejemplo, evoca el caso de su hermana (dos años mayor que ella), quien teniendo sus “mismas oportunidades de vida” (igual origen social, nivel educativo y generación; esto es, mismos capitales económicos y culturales de partida), considera que esta última ha podido prosperar profesionalmente al establecerse y hacer su carrera profesional en el extranjero. Aunque también hay otros entrevistados, como Laia, que explican la mejor posición social de sus hermanos por haberse orientado hacia otros campos profesionales. En cualquier caso, tal y como indica la literatura (Peugny, 2012), es posible que el desclasamiento social se sienta aún más cuando el individuo es el único de la fratría que no reproduce el estatus de sus padres. En otros términos, si los individuos tienen padres directivos o profesionales, el hecho de ser empleado u obrero es menos difícil cuando los hermanos también son empleados u obreros. A la inversa, cuando sus hermanos han podido situarse en una posición socioprofesional similar a la de sus padres, el sentimiento de desclasamiento es aún más fuerte (Peugny, 2009).

“Mi hermana está en Estados Unidos después de trece años y está muy bien. Ella está montada en el dólar. Económicamente vive muy bien. El trabajo ahora le gusta mucho. Tiene dos hijas. Vive en una casa de tres pisos, con jardín. Allá es otra vida. Tiene otra vida. Y sí que también es doctora, en Ingeniería Computacional... y entró en una empresa de informática, y desde entonces ascendió sin parar. Allí parece que hay más oportunidades. Que la gente tira para adelante, no todos, pero el típico ‘sueño americano’ aún se da. Mi hermana aquí estaría mucho peor. En el invierno ella se vino [a Barcelona], porque ella siempre dijo que le gustaría regresar, pero tuvo dos entrevistas y me dijo [imita a su hermana de forma irónica]: ‘Ay, no, no. No lo cogeré porque, claro, me quieren, pero me ofrecen 50.000 €, y esto es una miseria’. Y yo: ¡Madre mía, madre mía, qué diferente es!” (Martina, 37 años, doctorado, en desempleo).

Paralelamente, es la posición social de sus progenitores que interviene en el sentimiento de desclasamiento social. Estos entrevistados tienen la impresión de “no vivir en el mismo mundo” que el de sus progenitores, puesto que a estos

últimos se les ha “premiado” por sus estudios, han tenido trayectorias profesionales más seguras y han podido prosperar socialmente.

“A mi edad, es que yo ya sería jefa de laboratorio. Ya tendría la carrera hecha. Estaría en la plenitud, sin haber tenido premios ni post-doc. Entonces sí que me digo: qué bien, qué suerte la de mis padres [...] Ellos siempre han ido a mejor. Han estudiado y se les ha premiado, entre comillas. También de sueldos, otros tipos de trabajos. Han ido siempre a mejor. Es inevitable verlo. Pero no es una cosa que la esté pensando todo el día. Lo que pasa es que cuando ellos te dicen: 'Ah, ah... ¿por qué estás en el paro aún?', entonces, ahí sí que me pueden. [Ella imita lo que le dice a su padre]: 'A ver, tú lo has tenido muy bien, deja tu mundo y mira lo que está pasando'. No son conscientes, mis propios padres...” (Martina, 37 años, doctorado, en desempleo).

“Mis padres son de una época que acabaron la carrera y enseguida se pusieron a trabajar de lo suyo y desde entonces no han parado. Desde el preciso momento que han acabado la carrera, toda su vida, han currado de lo suyo y han alcanzado un rango alto, digamos. Y no solo eso, sino que también han hecho las cosas que les gustaban. Mejor no lo pudieron haber tenido. Entonces, es infinitamente mejor la vida profesional de mis padres que la mía [...] [Ellos] han tenido la suerte de nacer en un contexto y estudiar en un contexto más fácil, digamos. Menos competitivo, con más oportunidades, más tranquilo ¿sabes? Entonces les tengo envidia en ese sentido...” (Lluc, 33 años, máster, camarero).

“En la época de mis padres, primero, yo creo que había mucha menos gente con estudios superiores universitarios, con lo cual había mucho menos competencia. Era como que estaban creando la sociedad del bienestar ¿no? Y nosotros nos hemos encontrado con la sociedad del bienestar hecha, y nos estamos dando cuenta que se ha llegado a como un máximo, y que ahora estamos como retrocediendo. Yo creo que no llegaremos a los niveles de vida de nuestros padres. [...] Por lo que me dijeron, a mi edad, mis padres no tenían salarios muy altos, pero sí que tenían mucha más expectativas que yo. Mi padre, por ejemplo, se doctoró con mi edad, enseguida empezó a dar clases en la universidad y al cabo de poco tiempo tuvo la plaza de titular. Y mi madre también... empezó en un hospital, luego pasó a un centro de atención precoz y ha hecho toda su carrera profesional allí. A nivel de expectativas no tiene nada que ver [...] Ellos sabían que, quizás, si eran precarios al principio, luego llegarían a tener buenos puestos y tal. Y yo no estoy tan seguro” (Marc, 32 años, máster, en desempleo).

En consecuencia, existe una cierta interiorización del desclasamiento social intergeneracional, que, según los entrevistados, resulta difícil de concebir por parte de sus padres. A este respecto, Laia declara: “El nivel de vida de mis padres ha sido superior al que yo voy a poder tener... no he cubierto sus expectativas para nada. Luego se han conformado, y bueno, se han alegrado de lo que haya podido conseguir”. De igual modo, Lluc afirma: “Mis padres me han educado en base a la realidad que experimentaron ellos. O sea, ahí hay un contraste que ellos lo acabaron comprendiendo después de muchos años. Ellos parten de la idea que

vivieron ellos: que tenía que estudiar y que a partir de ahí todo iría bien. Vaya, que estudiando te solucionaría un poco la vida, ¿no? Y esforzándose, y no sé qué, y tal. Pero la realidad ha cambiado un poco y ellos mismos se han encontrado descolocados”. Finalmente, el caso más extremo es el de Martina, quien indica que ya prefiere no hablar de su situación profesional y social con sus padres, dado que –a su juicio– estos todavía no la pueden llegar a comprender: “En realidad prefiero no hablar de esto con mi familia. Porque siempre me dicen: ‘¿Cómo que todavía estás en el paro?... ¿Qué haces? Tal y cual’. Mi familia es bastante dura con el tema. En vez de ayudarte y darte soporte, te rayan un poco... ‘¡Aún estás ahí!’... Es como que no les entra en la cabeza que yo esté en el paro”.

Diversos son los indicadores que estos entrevistados toman en consideración para juzgar su situación de desclasamiento en comparación con sus padres. A modo de ejemplo, Lluç verbaliza: “Mis padres vivieron mejor que yo. En cuanto a condiciones laborales, mejor. En cuanto a vivienda, también mejor. Se me hace difícil pensar que en algo era peor. En general estaban mucho mejor, vaya. No lo pasaban mal por llegar a fin de mes. Estaban contentos con el trabajo. No tenían problemas con el tema de la vivienda, de buscar una vivienda que se pudieran permitir”. De igual modo, haciendo más énfasis en esta última cuestión de la vivienda, Marc expresa: “Yo creo que mi nivel de vida es más bajo que el de mis padres. De hecho, yo nunca me planteo comprar un piso. No me lo he planteado nunca, ni podré planteármelo”.

A diferencia de los otros tipos de perfiles, no obstante, bajo este perfil hay algunos individuos que residen en una vivienda familiar, en cesión gratuita o con un alquiler bastante bajo: “El piso es de mi familia y eso es una ventaja muy grande porque no tenemos que pagar alquiler”, dice Emilia. “Yo vivo en un piso de protección familiar. Le digo VPF. El piso lo ha heredado mi padre y yo le pago un alquiler. Pero es un alquiler bastante más barato de lo que pagaría a precio del mercado”, indica Marc.

La familia de origen es en gran medida un espejo y un amortiguador económico para los individuos de este tipo de perfil. El intercambio de ayuda entre generaciones en el seno de la familia constituye un factor relevante de lo que se denomina el pacto generacional. La solidaridad familiar se presenta como proveedor de bienestar, como un recurso para atenuar los riesgos sociales de sus miembros. Esta es valorada y legítima en ciertas circunstancias en concreto, pero cuando tiende a devenir una dependencia, evidentemente es proclive de crear tensión entre, por un lado, el deseo de autonomía y, por otro, la necesidad de tener que recurrir a la ayuda financiera de los padres. Tal y como pone de manifiesto Joel: “Este año estoy viviendo de lo que me queda de paro y algo de dinero que me pasa mi padre. Pero yo estoy deseando que ya me deje de pasar dinero. Porque, al principio, yo entiendo que un padre haga todo por su hijo, lo que ha hecho mi padre conmigo. Pero, con 35 años, ya te fastidia que tu padre te dé dinero ¿sabes?”.

Por último, al preguntarles si tienen el sentimiento de pertenecer a una clase social, estos entrevistados declaran “sentirse de clase media empobrecida, no culturalmente, pero sí económicamente”. En otras palabras, consideran que la dimensión cultural les asimila y la dimensión económica les separa de su clase social de origen.

“Clase media empobrecida [sentimiento de pertenencia social]. No culturalmente, pero económicamente sí. Mis padres son de clase media-alta y yo soy media-baja, bajísima. [...] Como vivo y tal” (Martina, 37 años, doctorado, en desempleo).

“Me siento identificado con ese sector de la clase media que basa más su identidad social en un capital cultural que en un capital económico [...] Me identifico con jóvenes con un nivel educativo medio-alto, que se han encontrado con un panorama laboral y económico complicado, y sobre todo, que viven en un entorno frustrante en ese sentido. No solo no se te reconoce lo que vales, sino que ni siquiera tienes oportunidades para demostrarlo. Me veo identificado con esa categoría social de gente que está como fuera de lugar ¿no?” (Lluc, 33 años, máster, camarero).

“A nivel de clase, yo, ahora mismo, me siento lumpen proletariado económicamente. Que sé que no es cierto. Pero económicamente, sí..., me siento lumpen proletariado total. Me siento parte de la clase media que ha ido a menos..., con capital social, capital cultural, con estudios, etc., pero sin poder económico” (Clara, 35 años, máster, en desempleo).

Perfil 2. Titulados que provienen de una familia de clase social más rica en capital económico que en capital cultural: un sentimiento de generación sacrificada

Los entrevistados de este tipo de perfil social son los titulados que provienen de una familia de clase social más rica en capital económico que en capital cultural, en la que el padre y/o la madre tienen un nivel de educación medio (educación secundaria de 2ª etapa) y son directivos de una pequeña empresa o empleados de banca. Su vivencia fundamentalmente se caracteriza por el sentimiento de pertenencia a una “generación sacrificada”.

Para explicar su situación de desclasamiento social, estos titulados aluden a una argumentación en términos generacionales. En efecto, su principal argumento consiste en subrayar que, con la llegada de la crisis, ellos se han visto particularmente afectados por el despido y la precariedad, puesto que son quienes llevan menos tiempo en el mercado laboral. Espontáneamente, estos se comparan sobre todo con una generación anterior, aquella de sus hermanos mayores (cuadragenarios) para juzgar su situación social:

“Yo creo que la diferencia es: ¿a qué edad te pilla el corte? Es más duro para mi generación, porque a nosotros la crisis nos chocó en la frente. Tiene que ver con el ingreso en el mercado laboral. Es más difícil echar a un tío que lleva diez años en una empresa, que al tío que lleva tres o seis. Los que nos encontramos con el porrazo, somos la gente que llevábamos poco tiempo en el mercado laboral [...] Y eso, generalmente, suele ir más o menos a una edad... por franja de edad. Los que ahora somos treintañeros estamos todos más o menos igual. Hay un chiste que son varios amigos treintañeros que se encuentran en un bar, y dicen: ‘Yo estudié Derecho, yo estudié Arquitectura, yo estudié Humanidades..., bueno, ¿y quién llora primero?’ Claro, los que tienen unos diez años más, les ha cogido de otra manera la situación..., a pesar de estar en el mismo momento y en el mismo lugar” (Joan, 33 años, arquitecto técnico, ayudante de obra, falso autónomo).

“Yo creo que estamos pasando una situación difícil... y creo que mi generación ha salido bastante perjudicada. Somos muchos universitarios que estamos un poco como la generación ‘en tierra de nadie’. Para mí, esto define muy bien a mi generación. Un poco en tierra de nadie, en la que no tenemos un lugar fijo, un lugar claro... estamos como perdidos. Y esto creo que es mucho por el propio sistema. Nos hemos formado mucho y parece que no era tan necesario. Hay una canción de un grupo que se llama Amaral, que creo que se llama ‘El blues de la generación perdida’..., pues eso, yo me identifico con esto..., una generación un poco perdida, en la que se le fomentó estudiar con pretensiones de encontrar un buen trabajo, de prosperar profesionalmente, y luego no ha sido tan así. Al terminar nuestros másteres, nos hemos encontrado con un mercado laboral en el que dices: ¿y ahora qué hago?” (Toni, 35 años, máster, en desempleo).

La movilización de esta explicación en términos de generación se efectúa ciertamente resaltando las diferencias que les separa de la generación anterior –particularmente en cuanto a la protección con respecto al riesgo de desempleo y la precariedad laboral–, pero también poniendo de manifiesto la sensación de temor por la generación que le sigue. Si bien señalan que actualmente la situación profesional de los recién titulados es aún más difícil y directamente se tienen que marchar del país para encontrar su primer empleo, estiman que –después de la finalización de la crisis económica– estos últimos serán más competentes que ellos y se podrán situar mejor en el mercado laboral español. Es así que la generación de los titulados más jóvenes se percibe de alguna manera como una amenaza:

“Yo siento que soy una más de los que tienen estudios y no ve recompensado su esfuerzo de haber estudiado tanto. Pero yo y el resto. Y cuando pase la crisis, vendrán otros más preparados, con más estudios, con más idiomas y con experiencia laboral, que me van a pasar por delante. Esa es la sensación que tengo. Por eso yo creo que mi generación es la chungu” (Emma, 32 años, licenciatura, auxiliar administrativa).

Estos titulados presumen de que su generación hace figura de una “generación sacrificada”, en tanto que consideran estar entre dos generaciones: la anterior (cuadragenarios), escasamente perjudicada por la coyuntura económica, y la posterior (veinteañeros), que serán los que tendrán más probabilidad de salir adelante tras la recuperación de la crisis. Así pues, el llamado “efecto cicatriz” (*scarring effect*) se pone de manifiesto en los discursos de estos titulados. Este responde más a un efecto de cohorte que a un efecto de periodo. El “efecto cicatriz” se refiere a las dificultades que determinadas circunstancias contextuales (de índole económica, política y social) se instalan en las cohortes más jóvenes y dejan secuelas durables en sus trayectorias (Chauvel, 2003). Para ilustrarlo, Marqués (2015: 50) hace alusión al rol que juegan las crisis económicas: las crisis económicas hacen que los individuos se incorporen al mercado laboral en “condiciones muy adversas”. Pueden verse obligados a “aceptar una serie de empleos que en otras condiciones no aceptarían” y a “desclasarse”. Una vez que la situación económica mejora, por diversos motivos, muchos de sus miembros ya no

se reconvierten. En consecuencia, “las nuevas posiciones van a ser ocupadas por miembros de las nuevas generaciones. Esto es lo que se denomina ‘efecto de cohorte’. Cuando en España se habla de ‘generación perdida’ realmente lo que se habla es del efecto cohorte que esta situación llega a producir”.

Por otra parte, la dimensión generacional reaparece en el discurso de los entrevistados para dar cuenta de una cierta tensión intergeneracional (entre veteranos y nuevos) en el ámbito laboral:

“Y claro, estoy en un sitio [lugar de trabajo] donde hay de todo. Funcionarios y no funcionarios. Pero casi todos son más mayores que yo. No tienen la edad de mis padres, pero casi. Y cuando oyes decir ciertas cosas a los funcionarios, dices: ‘¿Perdón? Hay 5.000 personas en la calle, y tú no sabes ni cómo funciona un Excel. Te tengo que sacar las castañas del fuego, porque según qué programa informático no lo sabes usar, ¿no?’. Estoy siendo muy cruel. Pero a veces me pasa. De decir: ‘Cobras más que yo y tengo el doble de estudios que tú’. Es lo que da rabia. Pienso: tengo un montón de amigos con estudios y sin trabajar, y ellos podrían estar haciendo este trabajo, e incluso hasta mejor. Y a veces me cogen estas rabias” (Emma, 32 años, licenciatura, auxiliar administrativa).

Evidentemente, como es posible notar en el extracto precedente, “las diferencias entre las generaciones (y la potencialidad de los conflictos generacionales) son tanto mayores cuanto más importantes son los cambios acaecidos en la definición de los puestos o en las maneras institucionalizadas de acceder a los mismos, es decir, en los *modos de generación* de los individuos encargados de ocuparlos” (Bourdieu, 1998: 296).

Por último, si bien la comparación con sus progenitores es delicada por formar parte de modelos sociales que califican muy diferentes, estos individuos más titulados que sus padres se sienten desclasados en comparación con sus progenitores, no porque creen que antes se ganaba más, sino porque consideran que antes era plausible alcanzar un mejor nivel de vida, puesto que las salidas profesionales eran más seguras, había más posibilidades de progresar en el curso de la vida profesional y de recompensa por el esfuerzo, y por lo tanto, había menos incertidumbre con respecto a los proyectos vitales.

“Yo tengo el recuerdo de que mi padre [empleado de banca] trabajaba un montón de horas. Pero, con los años, sí que vi que el esfuerzo que él hizo se le fue recompensando. Yo creo que eso no lo tendremos nosotros. Que tú entrabas desde abajo, te iban enseñando e ibas subiendo de categoría laboral. Eso no lo tendremos. Y yo creo que eso era lo positivo de los trabajos de entonces. De que tú podías empezar desde abajo y acabar de jefe. [...] Se supone que nosotros al tener más estudios, íbamos a tener más privilegios que ellos..., pero no. El hecho de poder tener un objetivo, ¿sabes?..., bueno, he entrado aquí y me voy a quedar aquí porque podré ascender. Antes motivaban al trabajador para currar, ahora no. Yo prefiero esa forma que se tenía antes. Ahora entras en una plaza y ya te quedas ahí. Es muy difícil poder cambiar de categoría o tener un sueldo mejor..., que se te recompense el esfuerzo” (Emma, 32 años, licenciatura, auxiliar administrativa).

Perfil 3. Titulados que provienen de una familia de clase media-baja y clase trabajadora: un sentimiento de desilusión de la meritocracia

Los entrevistados de este tipo de perfil social son los titulados que provienen de una familia de clase media-baja y clase trabajadora, en la que el padre y la madre poseen un nivel de educación bajo (educación secundaria de 1ª etapa o inferior). Su vivencia se caracteriza fundamentalmente por el sentimiento de “desilusión de la meritocracia”.

Como señala Duru-Bellat (2006: 8), “para resolver la tensión entre individuos que tienden a devenir iguales en derechos y posiciones sociales cada vez más diversificadas y desiguales”, la lógica de la meritocracia se ha impuesto en las sociedades democráticas. El lugar ocupado en la división social del trabajo ya no debe depender de factores heredados, sino de recursos propios que sean adquiridos y movilizados por el individuo: el mérito deviene así el gran organizador. En el caso que nos ocupa, estimulados por la sociedad y su familia para realizar estudios superiores, los titulados de este perfil social se encuentran incapaces de rentabilizar sus títulos y sus esfuerzos en términos de posición social. Es por ello que cierta desilusión con respecto a la meritocracia se presenta en sus discursos. A modo de ejemplo, Bernat pone de manifiesto:

“¿Sabes qué pasa?... A nosotros, nuestros padres nos dijeron: titúlate, que verás cómo vas a encontrar trabajo. Y al final, esto de tener muchas carreras y muchos idiomas no funcionó. Pero antes esto no pasaba. Con un título, era más fácil encontrar trabajo, y nuestros padres nos inculcaron la idea que debíamos estudiar..., pero bueno... En vez de tanto estudiar, creo que hubiese estado mejor prescindir del título” (Bernat, 30 años, máster, auxiliar de librería).

A falta de otros tipos de recursos, el principio de meritocracia escolar en gran medida se ha interiorizado en estos individuos, y sobre todo en sus familias, y manifiestan como contrapartida un evidente sentimiento de frustración:

“Mi trabajo es un trabajo no cualificado. Te piden el graduado escolar y ya está. O sea, todo lo que he estudiado... los cursos de doctorado, el máster y demás... no me valen para mi trabajo. Podría tener muchos menos estudios y mi trabajo lo podría hacer perfectamente e igual de bien. Entonces, sientes que lo que has estudiado no vale para nada [a nivel laboral]. No te pasa a ti solo, pero te sientes mal” (Magda, 35 años, máster, auxiliar de control).

En un estudio sobre la experiencia de las desigualdades en el trabajo, Dubet (2006) subraya la relación ambivalente que a menudo manifiestan los empleados y obreros con respecto a la educación en tanto que vector de logro social. Para estos, por un lado, “la meritocracia escolar conduce a un orden justo”; pero, por otro lado, tienen una conciencia aguda de las desigualdades sociales de acceso al sistema escolar. Es así que algunos de estos asalariados modestos se consideran responsables de su situación: si ellos no han obtenido los buenos títulos, es porque no han sido suficientemente audaces o suficientemente trabajadores. En el caso de nuestros entrevistados, el discurso es sensiblemente diferente porque estos poseen una

titulación superior. Ciertamente, ocupar un empleo socialmente poco deseable y relativamente similar al de sus padres es un motivo de interrogación de sí mismos, pero tal interrogación se transforma en una actitud crítica cuando una eventual reproducción social se efectúa, a pesar de haber alcanzado un nivel de educación bastante más elevado.

Además, los titulados de este perfil social creen que la obtención de una titulación ha logrado satisfacer las expectativas parentales, básicamente por el afán de superación que a sus juicios tienen las clases populares con respecto a sus hijos. Sin embargo, la distorsión entre sus aspiraciones legitimadas por los estudios y sus logros ocupacionales es mayor que en los otros tipos de experiencias del desclasamiento. Esto hace que manifiesten un cierto escepticismo en cuanto a los discursos sobre la “igualdad de oportunidades en la vida”. Así es como lo expresa Daniel:

“Vamos de modernos, pero luego es el hijo de fulanito el que está..., ¿qué pasa tío, no estás primando la competitividad? ¿No estamos en el mercado global?... Pues entonces, contrata lo mejor y no aquel que es ‘hijo de...’ [...] Por ejemplo, me ha pasado de ir a un banco, y ver a un tipo que era un tío que iba ajustado en las notas, y yo me decía: ¿este tipo qué hace aquí trabajando? Y al rato le ves con un coche nuevo. Entonces me preguntaba: ¿cómo lo hace?... Yo trabajé mucho por sacar nota y ahora estoy en un sitio de mierda, ganando una mierda y él, trabajando en una entidad bancaria, seguro que ganas mucho más. Y sí que suele dar mucha rabia... [...] Entonces, eso de la igualdad de oportunidades en la vida me fastidia..., porque al final no existe. Yo no sé por qué no se premia el esfuerzo en este país. Tú puedes ser la hostia, que en este país no se te va a premiar tu esfuerzo” (Daniel, 35 años, FP/diplomatura, auxiliar administrativo).

Estos individuos viven el desclasamiento como un hecho injusto, puesto que creen que no se les premia el esfuerzo. Se sienten defraudados por un sistema que les ha dado unas pautas de inserción que han sido desatendidas, y les ha dejado al amparo de las soluciones que podían buscarse por cuenta propia. Sus relatos, no obstante, desprenden más un sentimiento de decepción que de victimismo. Esto hace que se muestren críticos con respecto al incentivo de la ideología de la meritocracia y responsabilizan tanto al Estado como a los empresarios de su situación.

Al Estado se le acusa no solo de incentivar la ideología de la meritocracia para excusar su responsabilidad, sino también de desperdiciar sus recursos humanos; esto es, su inversión en educación y el talento de las jóvenes generaciones con titulación superior. Lo que termina repercutiendo negativamente en “la evolución del propio Estado”, según los entrevistados.

“... es que claro, para mí el Estado tendría que intervenir más porque al fin y al cabo somos recursos humanos, que le llaman ahora, ¡perdidos! O sea, somos un montón de gente formada, dedicándose a determinadas profesiones muchísimo menos cualificadas... y eso son recursos humanos que al final el Estado pierde, porque al fin y al cabo, mientras la enseñanza sea gratuita o una parte de la enseñanza sea gratuita, pues es dinero que ha invertido el Estado... y si luego dejas que estas personas trabajen fuera del país o en trabajos muchísimos menos

cualificados, pues son activos que pierdes. Pero bueno, parece que nuestro país no lo ve así” (Magda, 35 años, máster, auxiliar de control).

A los empresarios, por su parte, se les acusa de tener a su disposición “arma de reserva” cualificada (Duru-Bellat, 2006), lo cual constituye un factor de presión sobre las condiciones laborales y, particularmente, sobre los salarios.

“Ahora mismo, no se puede conseguir un buen empleo con estas características empresariales. [...] Ahora hay mucha gente con título universitario dispuesta a responder a lo que quiere el empresario. El empresario siempre querrá una persona más formada que no formada... ¿Para qué va elegir a una persona que no está titulada, si hay muchos con título que también están dispuestos a hacerlo? Es vía libre para los empresarios” (Bernat, 30 años, máster, auxiliar de librería).

Estos entrevistados, más que acentuar la “privación del descontento”⁶ (Burriss, 1983), trasladan su insatisfacción al espacio público. Esperan que el Estado ejerza sus funciones de protección y sobre todo de control del funcionamiento de las empresas. Asimismo, la mayoría de ellos manifiesta un sentimiento de pertenencia a una clase media-baja (“yo me considero de clase media baja”, declara Agustí; “Yo siento que estoy ahí en lo bajo, de clase media baja”, indica Inés); e incluso, a menudo reivindican –con cierto orgullo– un sentimiento de pertenencia a la clase trabajadora, preservando la distinción por el hecho de poseer una formación académica. A este respecto, a modo de ejemplo, Bernat expresa:

“Yo me siento más identificado a nivel de clase. Pero creo que generacionalmente también hay características que nos definen, aunque creo que hay un déficit de ‘espabilar’ [eh]. Yo me considero de clase trabajadora. Para mí, hay una clase empresarial que disfruta de los privilegios y la clase trabajadora: la gran masa de asalariados. El problema es que la clase trabajadora está totalmente sin fuerza, desarticulada. Pero bueno, aun así, me identifico más con la clase trabajadora. No sé ¿qué más? ¿Me siento identificado con un sector que se preocupa más por los temas culturales?, sí. ¿Que tengo poco que ver con un señor que trabaja en un supermercado? Sí, porque tengo una formación. En la escala social me siento más alejado a nivel cultural, a pesar de no serlo tanto a nivel económico” (Bernat, 30 años, máster, auxiliar de librería).

5. Conclusiones

El objetivo de este artículo ha sido analizar la vivencia del desclasamiento social educativo de treintañeros de diferentes perfiles sociales. Los resultados de este análisis muestran que tal vivencia no es unívoca. Si bien un sentimiento común de frustración relativa se manifiesta en todos los perfiles sociales, se aprecia que los individuos movilizan diferentes referentes para juzgar su situación.

⁶ A este respecto, cabe señalar que según Burriss (1983: 465), en Estados Unidos, la consecuencia más probable de la sobreeducación es la progresiva “privatización del descontento”, lo cual facilita la aparición del sentimiento de culpa (baja autoestima, estrés, etc.) y la adaptación individual a través de una redefinición del estatus (se da más importancia a la familia y al ocio que al trabajo).

Para el primer perfil social (titulados que provienen de una familia de clase media-alta con elevado capital cultural), la vivencia del desclasamiento social se traduce sobre todo en la movilización de un doble sentimiento de desclasamiento: en relación con su logro educativo (desclasamiento social educativo) y en relación con la posición social de la familia de origen (desclasamiento social intergeneracional). A la frustración de la inconsistencia de estatus educativo-social, se le añade la frustración de no haber mantenido la posición social de los padres; y esto último, a pesar de haber obtenido un nivel de educación terciaria, igual o superior al de sus padres. En efecto, el modelo de logro social de sus progenitores se ha visto perturbado y, por el momento, no opera de igual forma para ellos. Estos entrevistados, además, tienen el sentimiento de pertenecer a un estrato social rico en capital cultural y empobrecido en capital económico. Para explicar su situación, la mayoría de ellos hace alusión a un “efecto societal y de campo profesional”. En comparación con los otros perfiles sociales, aquí la familia de origen (hermanos/as y padres) aparece como el punto de referencia más significativo, puesto que el contraste en cuanto al nivel de vida es más notorio. Pero, al mismo tiempo, esta es un amortiguador económico y un recurso que facilita la puesta en marcha de estrategias que procuren mejorar su posición en el espacio social.

Para el segundo perfil social (titulados que provienen de una familia de clase social más rica en capital económico que en capital cultural), en cambio, la vivencia de desclasamiento social se traduce sobre todo en la movilización de un sentimiento de pertenencia a una “generación sacrificada”, víctima de la actual crisis económica. Estos entrevistados presumen que su generación hace figura de una “generación sacrificada” en tanto que consideran estar entre dos generaciones. Por un lado, la generación anterior (cuadragenarios), que a su juicio ha estado escasamente perjudicada por la coyuntura económica, en razón de tener más años de experiencia en el mercado laboral. Y, por otro lado, la generación posterior (veinteañeros), en concreto aquellos titulados superiores que se han marchado al extranjero para conseguir sus primeros empleos, quienes supuestamente serán más competentes y tendrán más probabilidad de situarse mejor en el mercado laboral español tras la recuperación de la crisis. Es así que este discurso hace eco al llamado “efecto cicatriz”, cuya relevancia es central en los estudios sobre las desigualdades entre generaciones.

Por último, para el tercer tipo de perfil social (titulados que provienen de una familia de clase media-baja y clase trabajadora), la vivencia del desclasamiento social en este perfil se traduce sobre todo en la movilización de un sentimiento de desilusión de la meritocracia. Esta forma de vivencia del desclasamiento se corresponde con otros estudios que muestran un incremento de la desigualdad de oportunidades debido a la crisis económica en España (Suárez-Álvarez y López-Menéndez, 2017). El hecho de ocupar un empleo socialmente poco deseable y relativamente similar al de sus padres hace que estos individuos incluso se interroguen sobre su responsabilidad personal. No obstante, tal interrogación se transforma en una actitud crítica (particularmente, hacia los discursos sobre la igualdad de oportunidades, el Estado y los empresarios) cuando una eventual reproducción social se efectúa a pesar de haber alcanzado un nivel de educación bastante más elevado.

Este trabajo contribuye al escaso número de investigaciones sobre la vivencia del desclasamiento social de los titulados superiores. Presta especial atención a la cohorte de treintañeros y pone de relieve algunos aspectos de la repercusión de la crisis económica sobre esta generación. También aporta elementos a los debates públicos y científicos sobre la cuestión del desclasamiento social de los titulados. En primer lugar, ayuda a matizar dos tipos de opiniones. Por un lado, las opiniones gubernamentales, que defienden la ideología meritocrática sin tomar en consideración sus límites y responsabilizan en gran medida al individuo de su destino profesional. Por otro lado, las opiniones mediáticas, que se refieren a la generación de jóvenes o de adultos jóvenes como grupo social homogéneo, sin adentrarse en cómo la edad interactúa con otras características sociales.

Para avanzar con el análisis, no obstante, sería idóneo realizar estudios longitudinales (desde una aproximación cuantitativa y cualitativa), con el fin de ahondar en la dinámica de las trayectorias de los titulados en situación de desclasamiento social y comprobar si la vivencia del desclasamiento trasciende la actual crisis económica. Esto además permitiría corroborar la hipótesis evocada por los expertos, que indica que en la treintena, las desigualdades de género y por origen social entre los titulados son susceptibles de acentuarse: por un lado, las mujeres están más afectadas por la llamada “discriminación estadística” en el mercado laboral, al ser percibidas por los empresarios como “menos disponibles” por estar en edad de procrear, más allá de que sean o no sean madres y tengan o no tengan previsto tener hijos (Pazos, 2013). Por otro lado, tal y como se han encontrado indicios en nuestros resultados, es el periodo en el que los titulados socialmente más desfavorecidos y menos provistos de capital social, tras el fracaso de intentar situarse en el mercado de trabajo de acuerdo a sus expectativas, reducen considerablemente sus ambiciones laborales y son los primeros en abandonar la carrera hacia los empleos más elevados de la jerarquía profesional (Beaud, 2003).

6. Bibliografía

- Alm, S. (2011): “Downward mobility across generations: The role of parental mobility and education”, *Sociological Research Online*, 16, pp. 1-14
<https://doi.org/10.5153/sro.2416>.
- Alonso, L. E. (2003): *La mirada cualitativa en sociología*, Madrid, Fundamentos.
- Beaud, S. (2003): *80 % au bac... et après? Les enfants de la démocratisation scolaire*, Paris, La Découverte.
- Baudelot, C. y R. Establet (2000): *Avoir 30 ans en 1968 et en 1998*, Paris, Seuil.
- Bertaux, D. (2005): *Los Relatos de vida: perspectiva etnosociológica*, Barcelona, Bellaterra.
- Bogino-Larrambeberé, V. (2016): *Los titulados ante el desclasamiento. Un análisis de la cohorte de treintañeros en España*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Bourdieu, P. (1998): *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- Burris, V. (1983): “The social and political consequences of overeducation”, *American Sociological Review*, 48 (4), pp. 454-467.
<https://doi.org/10.2307/2117714>

- Chauvel, L. (1998): *Les destins des générations. Structure sociale et cohortes en France au XX siècle*, Paris, PUF.
- Chauvel, L. (2003): *Génération sociale et socialisation transitionnelle, Fluctuations cohortales et stratification sociale en France et aux Etats-Unis au XX e siècle*, Mémoire d'habilitation à diriger des recherches, Institut d'études politiques de Paris.
- Chauvel, L. (2006): *Les classes moyennes à la dérive*, Paris, Seuil.
- Chauvel, L. (2016): *La spirale du déclassement*, Paris, Seuil.
- Dubet, F. (2006): *Injustices. L'expérience des inégalités au travail*, Paris, Seuil.
- Duru-Bellat, M. (2006): *L'inflation scolaire. Les désillusions de la méritocratie*, Paris, Seuil.
- Felgueroso, F., M. Hidalgo y S. Jiménez (2010): "¿Por qué ha caído el premio salarial a la cualificación en España?", en A. Cabrales, M. Celentani (eds.), *Talento, esfuerzo y movilidad social*, Madrid, FEDEA.
- Giret, J.-F., E. Nauze-Fichet y M. Tomasini (2006): "Le déclassement des jeunes sur le marché du travail", *Données sociales*, pp. 307-314.
- Gentile, A. (2009): *Inestabilidad laboral y estrategias de emancipación. Los jóvenes adultos mileuristas de Barcelona y Roma*, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona.
- Gurr, T. (1970): *Why Men Rebel*, Princeton, Princeton University Press.
- Li, Y. y F. Devine (2011): "Is social mobility really declining? Intergenerational class mobility in Britain in the 1990s and the 2000s", *Sociological Research Online*, 16, pp. 1-15.
<https://doi.org/10.5153/sro.2424>
- Martin-Criado, E. (1998): *Producir la juventud. Crítica a la sociología de la Juventud*, Madrid, Istmo S. A.
- Martínez-García, J.S. (2013): *Estructura social y desigualdad en España*, Madrid, Catarata.
- Marqués, I. (2015): *La movilidad social en España*, Madrid, Catarata.
- Maurin, É. (2009): *La peur du déclassement. Une sociologie des récessions*, Paris, Seuil-La République des idées.
- Newman, K. (1988): *Falling from Grace. The Experience of Downward Mobility in The American Middle Class*, New York, Basic Books.
- Newman, K. (1993): *Declining Fortunes: The Withering of the American Dream*, New York, Basic Books.
- Pazos, M., (2013): *Desiguales por ley. Las políticas públicas contra la igualdad de género*, Madrid, Catarata.
- Peugny, C. (2009): *Le déclassement*, Paris, Grasset.
- Peugny, C. (2012): "L'expérience vécue de la mobilité sociale: le poids de la fratrie", *Informations sociales*, 173, pp. 94-101.
- Schnapper, D. (1999): *La compréhension sociologique. Démarche de l'analyse typologique*, Paris, PUF.
- Suárez-Álvarez, A. y A. J. López-Menéndez (2017): "Assessing changes over time in Inequality of Opportunity: The case of Spain", *Social Indicators Research*, pp. 94-101.
<https://doi.org/10.1007/s11205-017-1759-1>
- Thijssen, L. y M. Wolbers (2016): "Determinants of Intergenerational Downward Mobility in the Netherlands", *Social Indicators Research*, 128 (3), pp. 995-1010.
<https://doi.org/10.1007/s11205-015-1066-7>
- Wilson, G. (2009): "Downward Mobility of Women from White-Collar Employment: Determinants and Timing by Race", *Sociological Forum*, 24 (2), pp. 382-401.
<https://doi.org/10.1111/j.1573-7861.2009.01104.x>

7. Anexo

Tabla 2. Características de las personas entrevistadas

Nombre	Edad	Educación	Situación ocupacional	Educación de la madre	Educación del padre	Ocupación de la madre	Ocupación del padre
1-Martina	37 años	Doctorado	En desempleo (larga duración)	Doctorado	Doctorado	Profesor de universidad	Jefe de laboratorio
2-Lluc	33 años	Máster	Camarero	Doctorado	Doctorado	Profesora universitaria	Urbanista
3-Emilia	30 años	Máster	Monitora de niños	Licenciatura	Doctorado	Profesora de instituto	Profesor de universidad
4-Vicent	30 años	Licenciatura	Auxiliar de control	Licenciatura	Doctorado	Alta funcionaria	Profesor de universidad
5-Clara	35 años	Máster	En desempleo	FP	Licenciatura	Ama de casa	Economista
6-Marc	32 años	Máster	En desempleo	Licenciatura	Doctorado	Logopeda	Profesor de universidad
7-Laia	34 años	Máster	Auxiliar de servicios sociales	Bachillerato	Licenciatura	Agente de seguros	Perito agrícola
8-Pau	32 años	Licenciatura	En desempleo (larga duración)	Licenciatura	Licenciatura	Maestra de primaria	Antropólogo/ Bombero
9-Sara	31 años	Máster	Administrativa	Licenciatura	Licenciatura	Enfermera	Médico
10-Joel	35 años	Máster	En desempleo	Licenciatura	Doctorado	Profesora de instituto	Profesor de universidad
11-Emma	32 años	Licenciatura	Auxiliar administrativa	Bachillerato	Bachillerato	Ama de casa	Empleado de banca
12-Joan	33 años	Arquitecto técnico	Ayudante de obra (falso autónomo)	Graduado escolar	Bachillerato	Propietaria de una tienda	Propietario de un negocio
13-Ana	32 años	Máster	Empleada de una consultoría	Graduado escolar	Bachillerato	Ama de casa	Empleado de banca
14-Danilo	36 años	Máster	En desempleo	Bachillerato	Bachillerato	Contable administrativa	Técnico en una empresa

Nombre	Edad	Educación	Situación ocupacional	Educación de la madre	Educación del padre	Ocupación de la madre	Ocupación del padre
15-Lucía	30 años	Máster	Auxiliar de servicios sociales	ESO	FP	Empleada en una peluquería	Propietario de un taller mecánico
16-Toni	35 años	Máster	En desempleo (larga duración)	Bachillerato	FP	Ama de casa	Mecánico naval
17-Magda	35 años	Máster	Auxiliar de control	Primaria	Primaria	Ama de casa	Auxiliar de control
18-Daniel	35 años	FP/ Diplomatura	Auxiliar administrativo	Primaria	Primaria	Empleada de servicios de limpieza	Camionero
19-Julia	39 años	Máster	Auxiliar administrativa	Primaria	Primaria	Empleada de una panadería	Operario de fábrica
20-Bernat	30 años	Máster	Auxiliar de librería	Primaria	Primaria	Ama de casa	Conserje de portería
21-Agustí	36 años	FP/Máster	Auxiliar de servicios sociales	Primaria	Padre ausente	Operaria de fábrica	Padre ausente
22-Inés	30 años	Máster	En desempleo	Primaria	Primaria	Empleada como cocinera	Operario de fábrica
23-Albert	32 años	Máster	Auxiliar administrativo	Primaria	Primaria	Ama de casa	Agricultor
24-Elisa	35 años	Diplomatura	En desempleo	Primaria	Primaria	Ama de casa	Auxiliar administrativo
25-Rocío	33 años	Máster	Teleoperadora	Primaria	Primaria	Ama de casa	Operario de fábrica

Fuente: elaboración propia.

Tabla 3. Distribución de las entrevistas por áreas de estudio

Áreas de estudio	N	%
Artes y Humanidades		19%
Filosofía	1	
Historia	2	
Filología Inglesa	1	
Humanidades	1	
Ciencias Sociales y Jurídicas		46%
Empresariales	2	
Trabajo Social	1	
Sociología	4	
Pedagogía	2	
Periodismo	3	
Ciencias de la Salud		8%
Psicología	2	
Ciencias		19%
Ciencias Ambientales	1	
Biología	1	
Bioquímica	1	
Biotecnología	1	
Química	1	
Ingeniería y Arquitectura		8%
Arquitecto Técnico	1	
Ingeniería Química	1	
Total	26	100%

Fuente: elaboración propia.